

LIBRO DUODECIMO:

ARGUMENTO.

Hersilia, acompañada de varios reyes, viene á poner sitio á Roma. Llegan Camila y Leonte á la ciudad con un prisionero. Expedicion nocturna de Leonte. Los mársos vienen en socorro de los romanos. Disposiciones para una batalla decisiva. Discurso de Numa: desarma á sus contrarios. Muerte de Hersilia. Paz general y clausura del templo de Jano. Numa vuelve á encontrar á Anais y obtiene su mano.

Tantos cuidados y tareas para hacer felices á los romanos en nada aliviaban las penas de su rey. Numa, ausente de la que amaba, era el mas infeliz entre todos sus vasallos. Habia enviado á todos los pueblos de Italia á informarse de Zoroastres y Anais, y de ninguna parte habia logrado la menor noticia. El esforzado Leonte no volvia, el tiempo se pasaba y el aflijido Numa, solo, en medio de un pueblo que le adoraba, lle-

raba su amante, echaba de menos á su fiel amigo, y temia la venganza de Hersilia.

No tardó mucho la implacable amazona en manifestar su furor. De improviso se ve por la parte del Lacio levantarse una densa nube de polvo; ésta se disipa, y deja ver un bosque de picas y lanzas. Ya se oye un ruido sordo de gritos de hombres, relinchos de caballos, y del estrépito de las armas que se chocan, que va creciendo por instantes, á la manera que los vientos impetuosos, cuando rotas las cadenas que los detienen, y precedidos de la tormenta y del estrago, llegan arrancando los árboles y los peñascos.

Ya, desde las altas murallas de Roma, se distinguen millares de combatientes. Los primeros son los rútuos, cubiertos enteramente de hierro y armados de largas picas, cuyas aceradas puntas forman una erizada barrera delante de la primera fila; pegados unos á otros, y tocando los escudos con los escudos y los yelmos con los yelmos, sus penachos se parecen á las espigas de un campo. El magnánimo Turno los acaudilla. Turno, digno nieto del héroe rival de Eneas, marcha ufano á pelear con los descendientes de los troyanos. Enamorado de Hersilia, se ha obligado con juramento á entregarle á Numa prisionero.

Después de estos vienen los capuanos, débiles, pero numerosos enemigos, guiados por el mismo rey que Leonte tomó en Auxencio. Los volscos los siguen sin mas armas que sus arcos y aljabas; el valeroso Arisbeo es su caudillo, y su destreza es tanta, que atadas dos palomas por los

piés con una cinta las deja volar, y con su acerada flecha corta la cinta que las mantenía presas.

Los hirpinos, armados de pesadas clavas y cubiertos de pieles de fieras, se adelantan en confuso tropel ajenos de todo orden militar. Vencidos en otro tiempo por Rómulo, solo obtuvieron la paz permitiendo levantar en medio de su país un castillo inespugnable en donde hay guarnicion romana. Ardiendo en deseos de vengar su ultraje han intentado en vano tomar la fortaleza, y ahora vienen á vengarse en Roma. Este pueblo feroz tiene un cabo todavía mas feroz; el terrible Aulon descendiente de Caco marcha á su frente. Este adora á Hersilia, y envidioso de la gloria de Leonte, que cree hallar en Roma al lado de Numa, ha prohibido á sus guerreros que ofendian á estos dos contrarios que reserva para triunfo de su brazo.

Los vestinos forman la retaguardia. Estos cubiertos de blancos paveses, solo pelean desde lejos con sus ondas; sus negras corazas y erizadas barbas inspiran terror. El anciano Mésapo padre de Camila, es todavía su rey. Desde que ha perdido su hija, entregado enteramente á los hirpinos sus aliados, está dependiente de ellos, y sin interesarse en favor de Hersilia la sirve en una guerra que ella sola ha suscitado.

En medio de estas huestes se descubre la hija de Rómulo como un palmero entre humildes arbustos: cubierta la cabeza de un yelmo resplandeciente y ceñido con la sacra diadema, blandea en la mano derecha dos agudos dardos, y en la izquierda tiene aquel escudo, don de Cérés, y prendida segura de la victoria, que Numa le habia en-

tregado. Sentada sobre un carro magnífico tirado de cuatro caballos negros, la soberbia Amazona discurre por todas las filas, alaba y escita á los mas valientes, reprende y anima á los remisos, y enseñando á todos con la mano las murallas de Roma, les dice: "Ved, amigos míos, ved mi herencia y mi solio que me ha sido quitado injustamente: volvedmelo, y os restituiré todas las conquistas de mi padre. En cuanto á mi corazón y mi mano, ya he dicho y vuelvo jurar que serán el precio de la cabeza de Numa."

Dice, y el feroz Aulon se queja de que tan fácil empresa tenga un premio tan alto. Turno se sonrie burlándose del orgullo del bárbaro, le mira con desprecio, y arroja á la princesa una amorosa mirada, en tanto que el Volseo Arisbeo que ve con indiferencia la belleza de Hersilia, se aplaude de ser, entre tantos, el único que solo pelea por la gloria.

Este numeroso ejército se estiende en la llanura, se acerca á Roma, y sienta su campo no lejos de los muros. Toda la ciudad esta consternada; por todas partes se ven llegar en confuso tropel los habitantes de las aldeas que vienen con sus familias á librarse del furor enemigo; los templos se llenan de mujeres, los inocentes niños levantan las manos al cielo dando lamentables gemidos. Busca el ciudadano presuroso armas para su defensa, y el soldado teme no le basten las que tiene. Atemorizado todo el pueblo á vista de tantos contrarios solo en su rey confia.

Numa que todo lo habia previsto, se manifiesta mas tranquilo, á medida que el riesgo se acerca, tiene víveres, armas, valientes y numerosas

tropas. Cuidadoso y pródigo, no quiere cansarlas con inútiles guardias; reparte el trabajo, las mantiene con todas sus fuerzas, y disipa el terror que sobrecoje á todos. Satisfecho de las providencias que ha tomado, solo se queja de la ausencia de Leonte, y de que los enemigos le cierran el paso del bosque de Egeria.

Precisado á buscar recursos y consejos en sí mismo, pensaba una noche de qué medios podria servirse para sembrar la discordia entre sus numerosos contrarios, cuando le avisaron que tres guerreros se habian presentado á las puertas de Roma y quieren hablarle. Al punto manda que lleguen, y no bien los ha visto, cuando conociendo á Leonte se arroja en sus brazos, dando un grito de alegría. ¡Oh hermano querido, esclama, en fin vuelvo á verte! Dime, ¿la encontraste? ¿Será posible que mi llanto ha de durar toda mi vida?

Vanas han sido mis pesquisas, le respondió Leonte, dándole un estrecho abrazo; he recorrido toda la parte meridional de la Italia, nadie sabe de Anais y Zoroastres. Pero he sabido el riesgo que te amenazaba; he visto juntarse los pueblos para sitiarte en Roma, y he volado á tu defensa. La esperanza de grangearte unos poderosos aliados me ha dado atrevimiento para presentarme entre los marsos y los he convocado.

Ciudadanos, les he dicho, vosotros me habeis desterrado; pero el deseo de ser útil me hace atropellar el riesgo de presentarme aquí contra vuestra voluntad. O sois amigos ó enemigos de los romanos, esta es la ocasion de destruirlos ó

de hacerlos para siempre vuestros finos aliados.

La hija de Rómulo, de aquel injusto agresor que vino á insultarnos en nuestros mismos hogares, conyoca y junta toda la Italia contra Roma y contra aquel justo Numa, que fué el primero que solicitó por vosotros una paz útil y honrosa. Uniéndoos á la hija de Rómulo, quebrantais un tratado solemne, faltais á la gratitud y al honor, pero quizás haréis una guerra ventajosa. Quizás tambien os seria mas útil el manteneros generosos y socorrer á Numa. Este monarca, salvo por vosotros, os volverá el país de los Auruncos, os dará el derecho de ciudadanos romanos, y en todo os mirará como hermanos. Aquel que visteis justo y piadoso, cuando erais sus enemigos, ¿qué no hará por sus libertadores? Marsos, en esta ocasion mas que nunca, el partido mas honrado es el mas útil. Elejíd, no obstante; unios á una multitud de bárbaros conducidos por la hija de vuestro cruel enemigo, ya manchada con los mayores delitos, y que ahora desenvaina el sacrilego acero contra su misma patria; ó bien volad á socorrer al mas justo y mejor de los reyes, á un héroe que fué mi vencedor; y que defendió vuestros derechos en el tratado que todavía subsiste.

No bien hube acabado, cuando un grito universal exclamó: “¡Marchemos á socorrer á Numa, y sea Leonte nuestro caudillo!”

Eso no, les respondí; pueblo sensible, pero inconstante, que me amas y me desterraste; no puedo ser vuestro general. Este cargo pertenece á un marso; desde que Numa es rey de Roma, Leonte es tambien romano. Pero cuando la pro-

teccion de los dioses me hizo romper el álamo, prueba á la cual señalástes el mando, tuve cuatro concurrentes, que sin duda alguna me escudian en valor ó en prudencia. Dos de estos, Liger y Penteo perecieron en los combates; Aulon manda á los herpinios, el anciano Sofanor ya no existe; pero os queda todavía el valiente Astor, el amable discípulo de Apolo. Astor se ha distinguido desde su infancia con mil acciones gloriosas; veo que sus pocos años os hacen dudar, pero si sus prendas son superiores á ellos, la juventud es un nuevo mérito. ¡Oh marsos! nombrad por vuestro caudillo á Astor, Apolo su maestro guiará él mismo vuestras huestes. Por lo que á mí toca, mi impaciencia no me permite esperar la salida de vuestras tropas; marchó á Roma para anunciar á Numa, que los marsos son todavía el mas generoso de los pueblos.

Mil voces de júbilo y aplauso me respondieron; el jóven Astor se arrojó en mis brazos; yo le presenté á los marsos y levanté el paves sobre el cual fué proclamado. Seguro de que el nuevo general vendrá volando á socorrerte, he apresurado mi marcha para llegar antes que él, y para disputar aun á los mismos sabinos el placer de esponer mi vida en tu defensa.

Dijo Leonte, y Numa vuelve á abrazarle; no puede desprenderse de sus brazos; pero entonces la hermosa Camila se quita el yelmo, y acercándose al rey se queja de no ser conocida. Numa esclama de gozo, la toma de la mano; llora de placer y sus ojos rebosando alegría andan errantes entre Camila y Leonte; entonces su amigo hace adelantar y le presenta un jóven guerrero

venido con ellos, este se arrodilla á los piés de Numa y le presenta su espada.

Sorprendido el rey, le mira atentamente, bien conoce aquel rostro, pero no se acuerda donde le ha visto. ¿Te has olvidado, le dice entonces Leonte, del jóven Capis, hijo del rey de Capúa, que dejó el mando del ejército de su padre para ser centurion en el de Rómulo, y que despues fué dado en rehenes á los marsos? Su padre no ha cumplido lo pactado; los marsos te lo envian como prisionero.

Y yo, respondió Numa, abrazando al príncipe, le recibo como un amigo que aprecio, aunque su padre se ha unido con los otros reyes que han venido á sitiarme en mi capital.

Entonces Leonte se hace informar del número y gente de los aliados, y ya instruido, aguarda con impaciencia el dia siguiente para hacer algun hecho de los suyos. Pero Numa baja la cabeza y suspira, recordándole que Hersilia es dueña del celestial escudo, que asegura la victoria á su poseedor: en tanto que el escudo esté en sus manos, no quiere Numa arriesgarse al trance de una batalla. Leonte aprueba su prudencia y corta un razonamiento que llena de rubor á su amigo. El rey condujo á Camila y su esposo á la mejor estancia de su palacio, encargó el cuidado de Capis á sus oficiales, y lleno de gozo y consuelo fué á entregarse al descanso del sueño.

En aquel mismo instante, la amistad inspiraba á Leonte el proyecto mas atrevido, pero se le oculta á Camila, temiendo que esta quiera acompañarle en el riesgo. Luego que la ve dormida, se levanta; vuelve á cubrirse de la piel guedeju-

da; asese de su clava, sale con el mayor silencio, y vuela hácia la puerta de la ciudad que estaba inmediata; se nombra, y las guardias llenas de respeto le abren. Ya solo en el campo, mira á todas partes, y descubre los reales del enemigo y los fuegos casi apagados de las guardias avanzadas; examina por qué parte podrá acercarse sin ser descubierto, pero la luna que brilla en su plenitud esparce una claridad nociva; Leonte se arrodilla delante del astro de la noche, y esclama:

¡Oh Febe, oye mis ruegos, y dignate moderar tu resplandor! No favorecerás un culpable designio; no te le ruega un amante temerario que quiere sorprender el objeto de su pasion, ni tampoco un guerrero conducido del amor á la gloria. No, casta diosa, un afecto mas puro me anima; la santa y pura amistad guia mis pasos. Quiero recobrar el bien de un amigo; voy á reparar el yerro que el amor le hizo cometer. Tu haces gloria de ser enemiga de esta deidad cruel; mi causa es la tuya: ¡oh diosa, préstame tu amparo!

Apenas acabó su oracion, cuando la luna envolviéndose entre unas pardas nubes ocultó su disco. Animado con este presagio, camina el héroe con intrepidez, hácia el campo. Llega á las primeras guardias, que al ver su estatura, su piel y clava le juzgan hirpino; Leonte sabe el idioma de estos, y pasa libremente. Penetra hasta el centro de los reales, en donde los soldados, rendidos, al sueño y vino, dormian tendidos confundidamente entre sus armas y carros; fácil era dar muerte á muchos; pero no se defendian, y tal accion era imposible en el magnánimo Leonte.

Tranquilo el héroe no experimenta ni furor

ni miedo. Conoce á Aulon tendido en tierra y apoyada la cabeza sobre su escudo; á su lado tenía la segur formidable. Un sueño funesto le agita, su lengua pronunciaba mal formados los nombres de Leonte y Numa, acompañados de dieterios y maldiciones. Un impulso involuntario hace que el héroe levante la clava, pero bajándola al instante se contenta con llevarse el hacha del feroz Aulon.

Descubre finalmente la tienda de Hersilia, tan mal guardada por sus defensores, y entra en ella con intrépido sosiego. La hija de Rómulo estaba entregada á un sueño profundo. Mas ocupado del escudo que en contemplar la belleza de Hersilia, Leonte le busca por todas partes, pero la obscuridad se le oculta. De repente sale la luna entre las nubes, y sus trémulos rayos se reflejan en el oro bruñido del escudo. Al punto se apodera Leonte de él. Dueño ya de tan preciosa alhaja, y cargado de la segur de Aulon, vuelve por donde ha venido, atraviesa segunda vez el campo, y sale libre de las últimas guardias sin hallar obstáculo que se le oponga.

Ya estaba seguro y distante del enemigo, y daba gracias á Diana, á la noche y á todos los inmortales, cuando oye detras de sí voces confusas y ruido de armas. Ya comenzaba á rayar el crepúsculo de la mañana. Vuelve Leonte la cabeza al ruido y ve una mujer armada de un arco, huyendo de una partida de rútulos que la persiguen, y de los cuales se defiende encarándoles sus flechas.

El corazón de Leonte adivina que es Camila aun antes que sus ojos la hayan conocido. L

llama, corre y la alcanza; le entrega el escudo y se abalanza contra los rútulos, esgrimiendo con la derecha la clava, y con la izquierda la segur de Aulon; puestos en fuga, vuelve á su dulce esposa, la tranquiliza y conforta conduciéndola, hácia las murallas de Roma, y revuelve contra los que la persiguen: así el sangriento y cerdoso jabalí, perseguido de la trailla de animosos perros, huye; pero huyendo vuelve á castigar al temerario que de mas cerca le persigue.

Los rútulos escarmentados, llaman á sus compañeros se despierta el campo; todos se arman y salen por todas partes. Un grueso de hirpinios va á cercar á Leonte, en tanto que un destacamento de volscos intenta cortarle el camino de su Roma. Leonte se detiene; siempre al lado de su Camila, que á su pesar le cubre con el celestial escudo, y rechazando á un tiempo á los rútulos é hirpinios de improviso muda de camino y se acoje á la orilla del Tiber. Los contrarios que ya le cuentan preso, prorumpen en gritos de alegría; forman un medio círculo y le estrechan entre el rio y sus lanzas; se acercan poco á poco . . . pero á este tiempo Leonte desde la orilla misma arroja con brazo robusto su clava y la segur á la opuesta ribera, toma en brazos á Camila, y arrojando una mirada de desprecio á sus contrarios atónitos, se arroja al agua y á pesar de la corriente y de los dardos de los volscos, llega ileso con su dulce carga á la orilla opuesta, recoge sus armas y continúa seguro su camino hácia Roma.

Apenas se ve fuera del riesgo, cuando aquel héroe-tan osado se transforma en el amante mas tierno. Perdóname, adorada Camila, le dice,

perdóname el haber podido ocultarte mi designio; bien castigado me deja tu amor. Yo espuse sin tu consentimiento mi vida que es tuya, y tú me has hecho temblar por la tuya; ¡mira si he pagado bastantemente mi culpa! ¡Ingrato! le responde ella, ¿cómo has podido pensar que yo esperaría tu regreso? ¿Creías que me contentaría con derramar lágrimas? Unos soldados menos crueles que tú, me indicaron el camino que habías seguido y me abrieron la misma puerta por donde saliste; sola y cerca del campo enemigo no he tenido mas temor que el de no hallarte.

Estas eran las quejas que se daban mutuamente los fieles consortes; el peligro en que acababan de verse, aumenta, si es posible, el afecto que los une. La conquista del celestial escudo añade nuevo mérito á su felicidad; ya iba el sol á descubrirse sobre el horizonte cuando entraron en Roma, y juntos van á esperar que el rey despierte para presentarle el precioso don de Ceres.

¡Qué grande fué el gozo de Numa! Abraza mil veces á Leonte y se arroja á los piés de Camila, diciéndoles: Como os podré pagar lo que os debo! ¡Me conservais la corona y me volveis el honor! Mi trono es vuestro así como ya lo era mi corazón; reinad en Roma como reinais en Numa.

Al punto hace juntar el pueblo para enseñarle el escudo de Ceres, referirle la gloriosa accion de Leonte, y declararle general de las legiones romanas. En el instante en que las aclamaciones del pueblo confirman tan digna eleccion, las centinelas del muro anuncian la llegada de los marsos.

El jóven Astor, engañando la vigilancia del enemigo, ha subido por la corriente del Tiber, le ha pasado cerca de su origen, y con una marcha bien combinada, llega bajo las murallas de Roma por la parte de Etruria y la única de que los sitiadores no son dueños.

Numa hace abrir las puertas y sale al encuentro de sus aliados. Astor al frente de diez mil guerreros entra en la ciudad, y luego que ve al rey se adelanta y le jura obediencia y amistad; Numa le estrecha en sus brazos, el pueblo da gritos de júbilo, y en tanto que su rey conduce á Astor á su palacio, cada ciudadano toma de la mano á un marso, y le lleva á su casa deseoso de agasajarle como á su hermano y defensor.

Entre tanto Hersilia y Aulon, desesperados al ver los marsos de la otra parte del Tiber entrar en Roma sin oposicion, y avergonzados de que uno solo haya podido quitarles á la una el escudo, y al otro la segur, resuelven por último recurso dar el asalto, y corren por todo el campo gritando: ¡á las armas, á las armas! velscos, campanios, hirpinios, róticos y vestinos, todos obedecen; y se preparan al ataque. Salen las tropas del campo, se forman, y llevando escaleras de mano, se adelantan hácia los muros precedidos de las máquinas de guerra.

Numa, aunque instruido de esta novedad, no se asusta al ver el riesgo inmediato. Con la misma serenidad en el instante de un combate, como cuando ofrece un sacrificio, manda á Leonte y al general marso que salgan con sus tropas fuera de la ciudad. Ordena que el príncipe de Capúa esté en medio de los batallones aliados, y

la hermosa Camila se oculte en el centro de las legiones, encarga á los dos gefes que no permitan arrojar ni una sola flecha; y él adornado de la púrpura y demas insignias reales, toma en las manos el cetro y un ramo de olivo, y precedido de sus lictores, se adelanta al encuentro de sus contrarios.

Sorprendidos estos con tan nuevo espectáculo, se paran formados en batalla, y esperan que lleguen los romanos; estos se detienen á tiro de dardo, y forman un frente casi igual al de sus adversarios. Ya de una y otra parte están los arcos tendidos y desnudos los aceros. Tisifone agita sus serpientes en el espacio que dejan, y aguarda la señal del combate con impaciencia. Pero el rey de Roma se adelanta levantando el ramo de olivo; sus heraldos piden que se oiga á Numa; mil bocas repiten estas palabras, y á pesar de los esfuerzos de Hersilia y Aulon, el rey de los vestinos, el de Capúa y los gefes de los volscos y róticos se acercan al monarca romano. Aulon se ve en la precision de acompañarlos, y la misma Hersilia se adelanta llena de enojo y despecho á oír lo que Numa quiere proponer.

Entonces tomando el rey la palabra, les dice con modesta entereza lo siguiente: Príncipes y héroes que me escuchais ¿por qué me declarais la guerra? ¿Acaso he talado vuestros campos? ¿He cautivado vuestras mujeres é hijas? ¿He faltado á los tratados? ¿Qué quereis, que me pedis?

Que bajes de un trono usurpado, le dice Aulon, que restituyas á la hija de Rómulo la herencia paterna; por ella hemos tomado las armas; veni-

mos á restablecerla y vengarla. Aulon, respondió Numa, esta diadema que quieres arrancarme de mis sienas, no fué ni pedida ni deseada por mi parte; harto siento haberla admitido; pero hablaron los dioses y tuve que obedecer: este pueblo me nombró por su rey; no era otro el derecho que Rómulo tenia. En Roma, el trono es de aquel que el pueblo elije; es hereditario entre los sabinos que hoy dia forman la mitad del pueblo romano. Por varios delitos y atentados que escuso recordaros, me hallo el último y único de los príncipes sabinos; por tanto, la voluntad de los dioses, los votos de la nacion, mi sangre y las leyes me llaman al trono. Pero vosotros, sin atender á mi razon, venis á sitiarme sin haberme siquiera declarado la guerra; lejos de quejarme os doy gracias por ello; habeis puesto de mi parte la justicia y me asegurais la proteccion de los dioses.

¡Oh reyes de Italia! Yo os estimo; pende de vosotros que os ame; pero nunca os temeré. Mirad este ejército de invencibles romanos, tan numeroso como todos los vuestros juntos; ved los esforzados marsos que acudiendo á mi socorro, han engañado vuestra vigilancia, y conoceris que puedo oponer la fuerza á la fuerza. Puedo perder varias batallas y deteneros no obstante delante de mis murallas: si vosotros sois vencidos una sola vez, ya no os queda ningun recurso. Ni penseis que los marsos son los únicos que me auxilién; en breve vereis llegar los etruscos, los apulios y los ligures. Invadidos al mismo tiempo por tantos contrarios no podreis resistir y perecereis todos. Solo se dará cuartel á los vesti-

nos; en todos tiempos, los marsos y vestinos fueron hermanos; yo los miro como aliados, y juro delante de todos que nunca los trataré como á enemigos.

Al oír estas últimas razones, Aulon, Turno y Arisbeo miran al anciano rey de los vestinos; en sus rostros se advierte la desconfianza que ocupa sus ánimos; Numa que ha conseguido introducir entre ellos la división, prosigue:

Mas con todo, yo seria el primero que llorase una victoria que ocasionaria la ruina de tantas naciones: mis lágrimas regarian los funestos laureles teñidos con vuestra sangre. Reyes y compañeros míos solo deseo la paz; y sin haber sido vencido, al contrario, casi con la seguridad de venceros, os la propongo, y ventajosa. A vosotros, hirpinos, os entrego la fortaleza que Rómulo levantó en medio de vuestro país; fué una injusticia, y me glorío de repararla. A vosotros, rótulos y volscos, os ofrezco mi alianza y el derecho de ciudadanos romanos. A tí, rey de Capúa, que tan breve has olvidado tu última guerra con los marsos, quiero entregarte tu hijo que han puesto en mi poder tus adversarios; finalmente, quiero tambien volver al rey de los vestinos su querida hija Camila, que tanto tiempo ha juzgado sepultada en el mar. Camila, Capis; llegad y abrazad á vuestros padres.

Ambos al oír estas palabras se arrojan en los brazos de sus padres. Apenas pueden los dos ancianos creer lo que sus ojos miran; lloran de alegría, y no se hartan de estrechar en sus brazos las dulces prendas tanto tiempo lloradas por perdidas, que no esperan volver á ver.

Pelead ahora contra mí, les dice Numa; mi causa era justa, he querido que lo fuese mas. Antes solo erais agresores, ahora os obligo á ser ingratos. ¿A qué aguardais? pelead contra mí, si podeis.

Los dos reyes, por respuesta, se arrojan á sus piés y abrazan sus rodillas. El valiente Turno y valiente Arisbeo le alargan las manos gritando: ¡la paz! Todas las tropas repiten: ¡la paz! ¡la paz!

Solamente Aulon quiere hablar y oponerse; pero Leonte se precipita hácia él, y le dice: Si la sed de sangre te devora, aquí me tienes; toma tu segur que te quité en tanto que dormias. Aterrado y sobrecojido Aulon de esta accion y del ascendiente del magnánimo Leonte, le mira y calla. Resuélvete, le dice el héroe; mi corazón se estremece con solo la idea de tener que manchar mis manos con la sangre de un marso. O renuncia tu patria, ó admite mi amistad. Ya he resuelto, responde Aulon arrojándose entre sus brazos.

Desde aquel instante cesa todo obstáculo á la paz; por todas partes se oyen gritos de alegría, las tropas de una y otra parte se mezclan y dan la enhorabuena, cuando la orgullosa Hersilia, que hasta entonces confiaba en Aulon, enajenada de la rabia y del furor, arrojando vivo fuego por los ojos y cubierta de una mortal palidez, esclama: cobardes, ingratos y pérfidos amigos, que cediendo á vanas razones vendeis vilmente la causa de los reyes, no esperéis, no, que Hersilia sea cómplice en vuestra infamia. Y tú, Numa, tú á quien aborrezco tanto coma te amé en otro

tiempo (no puedo encarecerlo mas) recibe mi funesta despedida: ¡quiera el amor hacerte padecer todos los tormentos que me has causado! ¡Ojalá llores sobre el trono el pesar de no poder colocar en él al indigno objeto que has preferido á mí! Permitan los justos dioses, que ese pueblo romano que te ha hecho rey, sea el enemigo mas terrible del nombre de rey, que los persiga por toda la tierra despues de haber desterrado de sus muros con ignominia á tí y á tus indignos sucesores! ¡y permitan finalmente que las feroces é impías Eumenidas te persigan sin cesar, presentándote por todas partes el cadáver de Tacia espirante á impulso de mis tósigos, y sobre todo el de Hersilia moribunda del golpe que tu brazo inhumano conduce! Diciendo así, se arroja sobre su espada, y cae atravesado el corazon, y revolcándose en su sangre. Corren á socorrerla, pero habia espirado, y con todo se advierten en su yerto semblante las señales del furor con que dió fin á sus dias.

Numa la compadece; da orden para que se le hagan las exequias y honores propios de su clase, y en tanto que se prepara la pira, el rey de Roma sacrifica víctimas, jura la paz bajo las condiciones que ofreció, y vuelve á la ciudad rodeado de los reyes y caudillos que ha vencido por su justicia.

Ante todas cosas Numa los conduce al Capitolio, y todos ofrecen un sacrificio á Jove. Allí les propone el establecimiento de una liga que asegure para siempre la paz y la libertad de la Italia; todos se convienen, y respetando la libertad de Numa, quieren que él solo sea el árbitro

de las condiciones. El entonces examina los derechos de cada uno, compensa los perjuicios, cede de su derecho mas que otro alguno, y de este modo forma un tratado de paz que todos firman con gusto. Los nuevos aliados del rey de Roma se disponen á marchar cargados de presentes, seguros de su fe, y penetrados de la mas tierna veneracion á sus virtudes.

El monarca de Capúa vuelve á sus Estados con su hijo, el cual habia adquirido entre los marsos las virtudes de los héroes. No pudo el rey de los vestinos obligar á su hija á que le siga á Cingilia; Camila ha renunciado al trono y quiere quedar en Roma con su esposo y con Numa; aprueba el rey su eleccion, la felicidad de que goza hace tambien la del anciano. Los volscos los hirpinos y rútuos, satisfechos de las injusticias que Rómulo les habia hecho, vuelven á sus hogares bendiciendo el nombre y las virtudes de Numa. Los marsos, cargados de dones y reintegrados en la posesion del país de los auruncos, vuelven á Marrubia; Astor se aparta con sentimiento de su virtuoso aliado, y finalmente el pueblo romano que ve concluida la guerra sin que cueste una gota de sangre á un ciudadano bendice y adora á su rey.

El sabio Numa que acaba de asegurar la paz de la Italia, se apresura en cerrar solemnemente el Templo de Jano. Siempre estuvo abierto en el reinado de Romulo: gimen las puertas de bronce sobre los goznes mohecidos, pero ningun esfuerzo basta para que se cierre del todo.

Numa se arrodilla ante la deidad: ¡óh Jano, esclama, tu que reinaste en la Italia por la justicia

y la paz, favoreces mis designios pacíficos, cierra este templo terrible; nuestros corazones serán el asilo en que te adoraremos de hoy en adelante. También te ofreceré un nuevo culto: hasta ahora nuestro año ha principiado por el mes consagrado á Marte. Desde ahora reformo este año mal medido por varias causas, le añado dos meses y el primero de todos será el mes de Jano: justo es que el dios de la guerra ceda la preferencia al de la paz.

Apenas hubo dicho, cuando las puertas del templo rodando por sí mismas sobre sus goznes se cierran con un ruido espantoso.

Numa consagra despues el escudo de oro que asegura para siempre á los romanos la victoria contra los demas pueblos, y establece para su custodia unos sacerdotes llamados salientes.

Despues de estos piadosos cuidados, se dispone á volver al bosque de Egeria, y lleva consigo á Camila y Leonte. Pero el temor de disgustar á la ninfa, le obliga á dejar sus dulces amigos á alguna distancia de la fuente.

Apenas llega cuando invoca á Egeria; se queja del largo tiempo que ha pasado sin haberla podido oír, y le da cuenta de todo lo que ha hecho. ¿Estás contenta? añadió al fin con modestia y timidez. Sí, le respondió la voz, lo estoy; desde ahora te reputo por el mayor de los reyes. Has cumplido mis esperanzas, ahora me toca á mí desempeñar mi promesa: ya es tiempo que conozcas á Egeria.

Diciendo así, sale del bosque, y Numa conoce á Anais. La sorpresa y admiracion le dejan inmóvil; fija la vista, y con la boca abierta que-

da con los brazos estendidos. De repente prumiendo en sollozos se arroja á los piés de Anais, hace vanos esfuerzos por hablar, y solo puede esplicarse con el llanto que derrama.

Levanta, le dice Anais, no soy la ninfa Egeria soy mortal, y los honores debidos á una deidad me serian menos gratos que el título de tu amiga; me habias contado el sueño que tuviste en la fuente de Pan; y la esperanza que conservabas de recibir algun dia las lecciones de Egeria, mi padre resolvió realizar tus esperanzas. Precisado á separarnos de tí, para que consintieses en ser el bienhechor de tu pueblo, venimos á ocultarnos en esta selva con la firme esperanza de que no tardarias en visitarla. Todos nuestros proyectos han sucedido bien. He hablado con el nombre de Egeria; te he dado los consejos que me dictaba la sabia esperiencia de mi padre. Este error útil á tu gloria ha sido dulce á mi corazon. Yo te veia por entre las ramas en tanto que tú creias hablar con Egeria, y mas feliz que tú, me hallaba á tu lado, al mismo tiempo que tú suspirabas por Anais.

Numa la escucha enagenado de gozo. A este tiempo ve llegar á Zoroastres y se arroja en sus brazos, le estrecha mil veces en los suyos; pero al punto se aparta y corre á buscar á Leonte y Camila. Aquí está, les dice luego que los ve, a qui está; corred; vuestro padre y Anais os esperan.

Leonte, aunque apenas creia sus razones, se apresura á llegar, Zoroastres le recibe en sus brazos, diciendo: ya volvemos á juntarnos, hijo amado, y solo la muerte nos separará, Leonte

le responde con sus lágrimas: la amable Camila abraza á Anais; el gozo, el amor y la amistad reinan en el corazon del tierno padre y de los cuatro amantes.

Despues de un rato concedido á los primeros rebatos, Zoroastres les dice: Aquí hemos vivido ocultos y aquí acabaremos nuestros dias. Numa, te doy por esposa á Anais; pero conviene que nunca sepan los romanos el vínculo que os une, jamas entrará Anais en Roma. Cada dia, con pretesto de consultar á tu ninfa, vendrás á ver á tu esposa, y la recompensa de tus buenas obras será el gusto de contárnoslas. De este modo, mi hija se mantendrá fiel á su religion, el misterio añadirá nuevas dulzuras á vuestra union, y Zoroastres, feliz por vuestro contento, pasará en paz entre vosotros los pocos dias que le permita vivir el grande Orómazo. ¿Apruebas mi designio?

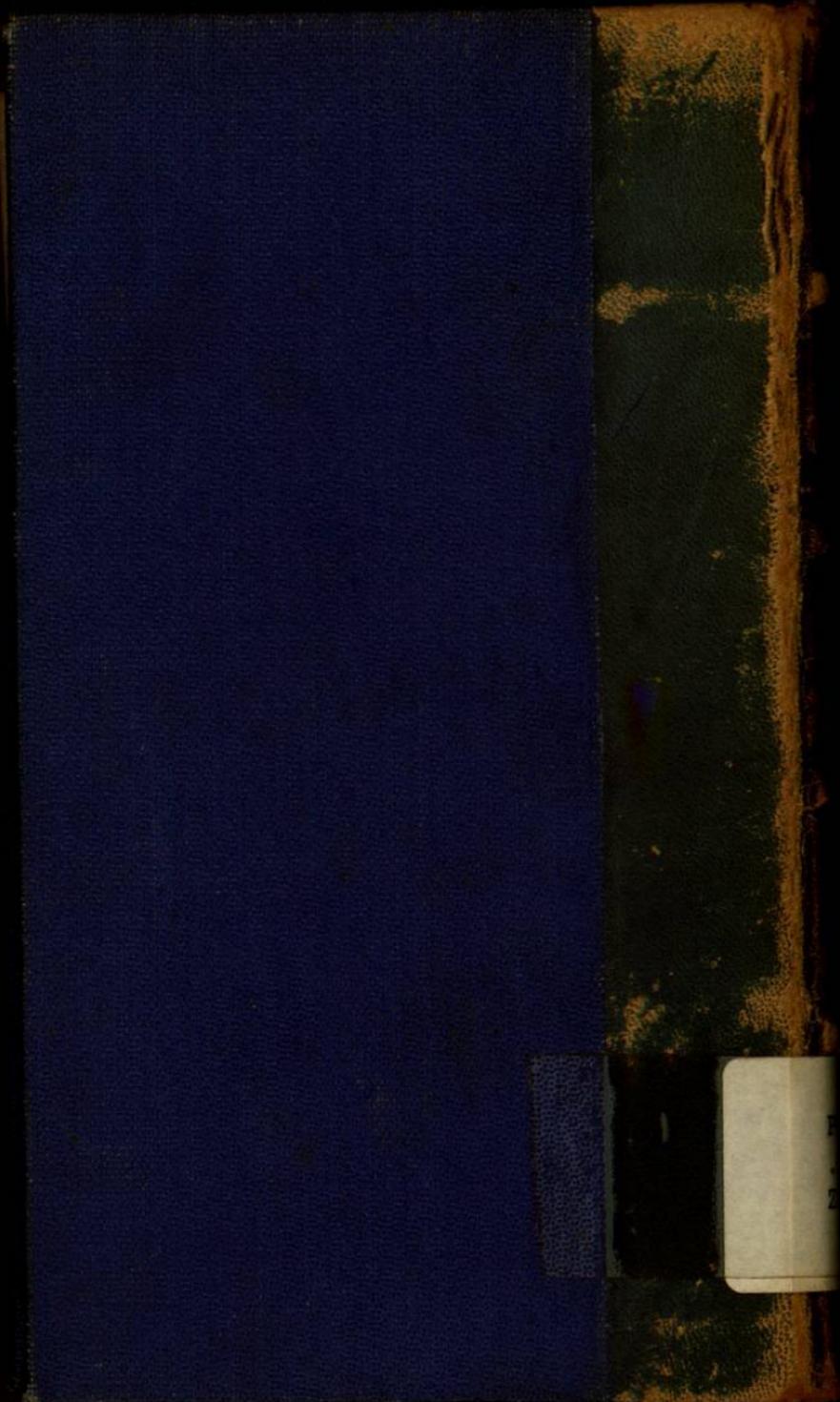
La respuesta de Numa fué arrojarle á los piés del anciano.

Al dia siguiente se celebró en la cabaña el himeneo de Numa y Anais, sin pompa, ni mas testigos que Zoroastres, Camila y Leonte. El venturoso Numa vino cada dia á la cabaña. La virtuosa Anais y su padre le inspiraron cada vez mas el deseo y los medios de ser el mas justo y mejor de los reyes.

Zoroastres llegó en su compañía á una edad muy avanzada. Leonte, general de los romanos, se estableció en Roma con su esposa, y tomó de ella el sobrenombre de Camilo. Este fué el tronco de aquella familia de héroes, de los cuales el mas famoso libró á Roma de los galos. Numa,

siempre amante de Anais é igualmente adorado de su esposa, reinó cuarenta y cinco años. En todo este largo tiempo, nunca se vieron en el territorio de Roma huestes enemigas; nunca se abrió el templo de Jano, y en todos los estados de Numa no hubo un solo hombre infeliz por la opresion ó por culpa de las leyes.





Small white paper label on the spine, containing faint, illegible text.